

Capacitarse en la fe que humaniza

Diego Irarrazaval *

Uno va creciendo y siendo capacitado al dedicarse a los demás (y de modo especial a últimos/as). Esto es cada día palpado por papas y mamas, por educadores, por movimientos sociales, por quienes tienen habilidad laboral, por artistas, por personal de la salud. Con respecto a lo eclesial, la capacitación no es auto-centrada. Más bien le preocupa la felicidad humana (y especialmente la solidaridad con gente insignificante). De este modo somos comunidad de Jesús de Nazaret, “estoy entre ustedes como el que sirve” (Lc 22,27); siempre al servicio de necesidades y aspiraciones humanas. Estas páginas recalcan actitudes amables. Como dice un gran biblista: “amo el proyecto de Jesús para el mundo: el reinado de Dios” (Pagola, *Jesús*, 2007)¹.

Durante dos mil años, en buena parte el ser cristiano ha sido ser fiel al Señor. Sin embargo, ‘cristiandades’ y ‘neo-cristiandades’ han estado subordinadas a poderes injustos y se han alejado del Evangelio. Abunda la corrupción en muchas regiones del mundo. Actualmente muchas instituciones (y también las iglesias) están desacreditadas. Se requieren cambios radicales. Cabe reconectarse con raíces de vida, vale decir, con el Espíritu de Jesús en los clamores del pueblo. Esto es favorecido por una recepción creativa del Concilio Vaticano II, y por tradiciones solidarias y proféticas en todo el mundo.

Lo que viene a continuación tiene dos ejes. El primero es la capacitación como líderes al servicio de lo humano. Esto sin populismo y sin vanguardismo. Ser genuinos líderes no trae beneficio individual y religioso, ni un control sobre los demás; más bien se trata de ser empoderados a favor del bien-estar de cada persona (y entre pueblos). Un segundo eje es animar comunidades que de este modo se auto-capacitan. Se trata de estar atentos a la Palabra y en sintonía con el Espíritu, y de modo incesante alimentar el potencial de cada persona y comunidad. Por lo tanto, la capacitación al liderazgo

*En actividades con nuevas generaciones constato deseos de nuevas maneras de ver y vivir la fe. Por eso hago extractos de *Raíces con Alas* para lectores/as de la Revista Electrónica de Educación Religiosa, n° 8/1, 2018, pg. 1-18 (Pontificia Universidad Católica de Valparaíso).

tiene un sello relacional y permanente. Lo primordial, a mi parecer, es que renazca lo humano. Renacemos estando atentos a clamores en la Casa Común y siendo fieles al Espíritu de Amor.

1- Capacitación en la humanidad.

Durante siglos (en América Latina y aquí en Chile) los liderazgos fueron y siguen siendo bastante autoritarios; también han sido clientelistas. Lamentablemente muchas personas son pasivas y manipuladas por caudillos que distribuyen beneficios. Eso por un lado. Por otra parte, hay gente responsable, innovadora, democrática, bien dispuesta a la colaboración.

En lo concreto nos envuelven vínculos con familiares y con amistades en el vecindario y en el trabajo. De varias maneras nos humanizamos y somos comunidad. Admiramos a personas que no aplastan sino que incentivan a los demás; a quienes son capaces de contagiar cariño y responsabilidad. No funcionan como jefes, ya que respaldan potencialidades en los demás.

En el terreno eclesial, se aprecia y da gracias por líderes que (además de sus limitaciones) son fieles al Evangelio. Sin embargo, existen personajes que sacralizan funciones humanas, y abusan en lo administrativo y sacramental. Ante estas contraposiciones, vale abrir el corazón al Evangelio. “Jesús dice (a los apóstoles) ... los jefes de las naciones las gobiernan como señores absolutos y los grandes las oprimen con su poder... no ha de ser así entre ustedes, sino el que quiera llegar a ser grande entre ustedes será su servidor” (Marcos 10,42-43). No hay lugar a líderes que manipulan y dominan.

Cada genuino liderazgo cristiano es un caminar con Jesús; la perspectiva ‘jesuánica’ (empleada en las últimas décadas) retoma la temática bíblica de ser discípulos/as de Jesús, con acento en su humanidad, y según los relatos y mensajes del Nuevo Testamento; además, dicho concepto tiene el carácter de un adjetivo y adverbio cristológico. Se trata de una responsabilidad ‘desde abajo’ como la del ‘hijo del hombre’, y al servicio de los demás. Cabe recordar lo ocurrido con los discípulos de Emaús que presuponían un omnipotente salvador de Israel; no obstante, al estar con el Maestro y al humildemente compartir el pan, abrieron sus ojos (véase Lc 24,13-35). También hoy vale escuchar al Resucitado, y participar con alegría en la fracción del pan.

Durante más de medio siglo, en nuestro continente se van consolidando animadores de comunidad (de varias maneras): ya sea ministerios laicales, delegados de la Palabra, encargados de fiestas católicas, responsables de devociones grupales y multitudinarias, personas que dirigen ritos semioficiales, sanadoras/es y rezadoras/es, hombres y mujeres que promueven corrientes de

espiritualidad, catequistas, pastores en congregaciones laicales, organizadores de eventos juveniles. Cada una de estas realidades tiene sus metodologías, significados, limitaciones; un denominador común es la pluralidad de dones y servicios. Hay pues a lo largo y ancho de América Latina una gama de modos de coordinación, de liderazgo, de capacitación, de celebración de la fe. Así se responde al acontecer de Dios (presente en asociaciones y en acciones) y se beneficia a los demás.

En lo concreto, nos capacitamos para dar testimonio del Maestro crucificado y resucitado. Esto proviene de un caminar pascual, reconociendo limitaciones, talentos, desafíos. En este sentido se desarrolla el liderazgo evangélico, al servicio de la comunidad en la historia, que sin duda es distinto al control cuando “los grandes oprimen” (Mc 10:42). El liderazgo es fecundo cuando esta enraizado en el Hijo del Hombre identificado con hambrientos, sedientos, forasteros (ver Mateo 25:35).

1.1. Líderes en el itinerario Jesuánico.

Cada programa de capacitación y liderazgo tiene sus propuestas, fases, objetivos. En cada uno de ellos vale verificar lo evangélico, o mejor dicho, si es un caminar con Cristo. El misterio pascual conlleva un itinerario en las huellas del Maestro matado y resucitado. ¿Hoy es reconfigurado el servicio comunitario de acuerdo al espíritu pascual? ¿Con qué métodos es ejercido el liderazgo, a fin de escuchar clamores actuales, colaborar en la primavera eclesial, sintonizar con los gemidos del Espíritu?

Existen necesidades propias de la comunidad, que requieren de animación en sus tareas internas. En términos generales, el itinerario pascual tiene como horizonte que la humanidad no sea víctima de injusticias y que goce vida nueva y resucitada. Ella descubre y es fecunda con el regalo de la fe (por un lado) y cada persona y asociación abandona esquemas deshumanizantes (por otro lado).

Buenos itinerarios suscitan admirables testimonios. Por ejemplo: “como no vivo sin el aire que respiro, asimismo no vivo sin Dios en mi vida”; “he descubierto pequeñas señales del Reino, cosas bellas ocultas en la basura de la sociedad” (De Soledade, *A esperança*, 2003)²; y, con un acento evangélico: “creo en ti... te siento tan frágil, y siento tu poder de otra manera... al estar a mi lado para animarme a crear un mundo diferente” (Cortés, *En ti vivimos*, 2003)³. Así es expresado -en lugares donde hay basura y fragilidad- un estar con Dios y un caminar hacia el Reino del Amor.

Al respecto es iluminador lo hecho por el apóstol Pablo. Siendo “débil, tímido, tembloroso” (1 Cor 2,3), Pablo ha promovido “servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios” (4,1).

¡Inmensas tareas para un frágil misionero! Además, con humor Pablo de Tarso comentó que “la locura divina es más sabia que los hombres, y la debilidad divina más fuerte que los hombres” (1,23). Dialogando con personas helenistas y judía-cristianas en Corinto, Pablo apunta que las comunidades caminan entre los polos de fragilidad y fortaleza, de locura y sabiduría. En otras palabras, al líder le corresponde dar testimonio y administrar asuntos de Dios (que son vistos como debilidad e ignorancia por quienes dominan el mundo).

No sólo la misión eclesial es llevada a cabo por ‘débiles’ e ‘ignorantes’ (dónde se manifiesta la fuerza y sabiduría divina). También la Buena Noticia es acogida por quienes son vistos como tontos e impotentes. De hecho, desde los márgenes sociales se percibe mejor la encarnación del Hijo de Dios; ya sea en comunidades de base, la lectura popular de la Palabra, asociaciones de derechos humanos, ritos festivos del pueblo. Todo esto uno lo constata en diversos lugares y mediante la acción de personas frágiles y a la vez tenaces.

En estas situaciones ¿qué hace un animador de la fe? Un buen liderazgo alienta comunidades que aunque sean frágiles también pueden capacitarse a partir de sus propias energías y allí encontrarse con Dios. Esto ocurre en ambientes insignificantes (que de hecho no lo son) donde encontramos al Señor de la Vida. El testimonio pascual recalca los muchos y bellos rostros de Dios.

Los buenos ejemplos de capacitarse y dar testimonios de fe suelen venir de mujeres, de integrantes de mayorías juveniles, de sectores mestizos, indígenas, afroamericanos, habitantes en metrópolis, personas honestas. Sin embargo, continuamente es devaluada la capacidad de gente marginal en la sociedad (que también lo son en espacios eclesiales). En general, el laicado está subordinado y es utilizado por quienes acumulan poder eclesiástico. También duele constatar (y hablo de algo que he palpado en varios lugares) que personas de sectores urbanos sin prestigio, y también de ambientes indígenas y afro-americanas, preguntan si su fe es válida.

Al participar en espacios pluriculturales, es posible reconocer diferentes rostros del único Dios de la Vida. También cabe interactuar con diversas sabidurías creyentes. Con ojos y mentalidades de poblador, de joven, de mujer, de varón, de migrante (y tanto más), es alabado y reconocido el Resucitado. Se camina con él hacia el Reino del Padre. Esto ocurre gracias a la fuerza del Espíritu que levanta a los/las que sufren postergación. Como es bien sabido, el encuentro con el Señor se verifica en el trato con el maltratado y necesitado (Mt 25,31-46). Precisamente en vínculos con cada persona adolorida, allí es encontrado el Señor.

Como integrantes de comunidades cristianas, explicitamos la trascendencia de la pasión y resurrección vivenciadas por el pueblo de Dios. También es reconocida la calidad sapiencial, espiritual, profética, eclesial, de la gente común (Codina, *Diosito nos acompaña*, 2013; Silveira, *Mariología*, 2013; Bianchi, *Pobres en este mundo*, 2012; Tello, *Pueblo y cultura*, 2011; Brighenti, *Reconstruyendo*, 2000; Thumma, *Wisdom of the Weak*, 2000; Salinas, *En el cielo están trillando*, 2000).⁴ Cada labor evangelizadora tiene su fundamento en la fe de personas humildes y solidarias. Por otra parte, hay que evitar sacralizar creencias, adoctrinar, ser auto-referenciales. Más bien, cabe apreciar el caminar hacia la Vida, disfrutada por cada ser humano (y en especial por el pobre) y por el conjunto de la creación.

1.2. Servidores de la humanidad

En cada situación, la capacitación comunitaria brota de recursos allí presentes o por desarrollar. Hoy sobresalen recursos tales como lo relacional que corre por la sangre de culturas amerindias, de perspectivas y acciones de la mujer, del dialogo por la vida que involucra a religiones y espiritualidades, de la transformación científica-tecnológica a cargo de nuevas generaciones. Al ser parte de dichas dinámicas, quienes nos capacitamos y colaboramos en servicios concretos, damos testimonio de la presencia pascual de Cristo en el mundo de hoy.

En instancias eclesiales hay iniciativas laicales que fortalecen vínculos entre personas, derechos a la vida plena, búsqueda de bienestar y armonía con el universo. Estas experiencias laicales tienen un dinamismo sacramental que beneficia al mundo. Son también dinamismos evangelizadores, que van en la dirección del Reino de Dios. Son responsabilidades que empoderan a la comunidad de fe y que contribuyen a la liberación humana.

Al capacitarnos -en servicios comunitarios- se entrecruzan varias dimensiones: celebración, formación, transformación histórica, interacción con nuevas generaciones.

En primer lugar están las celebraciones de la fe. La comunidad se fortalece mediante ritos festivos que traslucen el amor, el dolor, la esperanza cotidiana. Con respecto a la eucaristía, damos gracias, en este memorial pascual, hasta que el banquete del Reino llegue en plenitud. Ello tiene implicancias personales, comunitarias, sociales, espirituales. Cada creyente de hecho con-celebra la fe que es presidida por presbíteros y por ministerios laicales. Cada celebración de carácter pascual conlleva humanizar el mundo para que haya comunión, justicia, belleza.

En segundo lugar se desenvuelven líneas de formación Jesuánica. Durante siglos ha sido sobredimensionado lo jurídico y eclesiástico, con sus doctrinas y reglamentos. Por eso hoy llaman tanto la atención el liderazgo comunitario, con la Palabra, y de acuerdo con el Espíritu. Esto proviene de la honda renovación conciliar, y sus impactos en América Latina. En general, lo fundamental es capacitarse con el Evangelio al servicio del mundo de hoy. En lo concreto, el amor de Dios es celebrado con vínculos cariñosos y mediante solidaridad con personas y pueblos postergados. Esto caracteriza una radical capacitación evangélica, que conlleva priorizar el servicio al maltratado, y conlleva forjar un nuevo horizonte civilizatorio.

Lo ya dicho se entrelaza con un tercer factor: contribuir a cambios profundos, tomando en cuenta los signos de los tiempos. En términos generales se trata de transformar la historia para que haya genuina felicidad humana. En cuanto a preocupaciones cotidianas resaltan afanes ciudadanos, propuestas en educación y en salud, lo tecno-científico, lo comunicacional. Son cuestiones complejas porque casi todo es absorbido por el mercado, y desvirtuado por un consumismo de felicidad. En estas circunstancias ¿qué rol desempeñan quienes animamos comunidades y celebraciones? Aunque se trata de fenómenos autónomos en la sociedad civil, son procesos que interpelan la actividad y mística de las comunidades. Sin embargo, algunos se encierran en lo piadoso, y en el orden social vigente.

Otro factor importantísimo es la interacción con nuevas generaciones. El liderazgo juvenil se desenvuelve en medio de una crisis civilizacional. Las nuevas generaciones no son un tema, sino muy por el contrario ellas son gestoras de itinerarios abiertos e impredecibles. Gracias a liderazgos juveniles el celebrar la vida no se dirige con nostalgia hacia el pasado, ni es espacio de adoctrinamiento y moralismo. En la formación, personas adultas interactúan con voces e iniciativas evangélicas de las nuevas generaciones. En la atención a preocupaciones ciudadanas (y la correspondiente lectura teológica de los signos de los tiempos) sobresalen necesidades y anhelos de los jóvenes. El Evangelio los empodera de modo especial para capacitarse en lo profético y lo sanador. Algunos dicen: sólo jóvenes entusiasman y evangelizan a otros jóvenes. Así es.

Gracias a la fuerza profética del Espíritu de Jesús, se avanza en la renovación eclesial al servicio de la humanidad. Aunque somos frágiles y pecadores, ojalá no seamos contaminados por la arrogancia de quienes mandan este mundo, y tampoco se caiga en la mediocridad. De estos y otros pecados hay que convertirse. Reconociendo contradicciones en cada persona, y, encarando fragilidades en el mundo popular, se confía en el poder pascual del Señor.

2- Animar comunidades de a pie.

En los espacios de la fe hay incontables organismos y también servicios. Ya sea en actividades de educación, o bien en programas de evangelización y catequesis, se suelen llevar a cabo varios tipos de agrupaciones (que en algunos casos se autodenominan comunidades). Se trata de incentivar asociaciones y redes dedicadas a cultivar la amabilidad y la justicia en esta tierra. En este sentido son forjadas 'comunidades de a pie'.

La prioridad es ser más humanos, en lo que ocurre cada día, en un trascendente aquí y ahora donde acontece la salvación. Convivimos con la gloria de Dios. Es una felicidad que no ha sido ganada por individuos sagrados. Muy por el contrario, la salvación es un regalo divino ofrecido a cada persona y al universo. En este sentido uno, en comunidades de a pie, es animador/a de la fe para el mundo.

En el día a día, cada cosa puede ser una alabanza a Dios, con tal de que no haya mezquindad ni injusticia hacia otras personas. "Cuando coman, o beban, o hagan cualquier cosa, háganlo todo para gloria de Dios. No den escándalo ni a judíos ni a griegos ni a la iglesia de Dios. Lo mismo que yo, que me esfuerzo por agradar a todos en todo, sin procurar mi propio interés, sino el de la mayoría, para que se salven" (1 Corintios 10,31-33). En el día a día (al descansar, trabajar, acariciar, jugar, organizar, etc.) somos líderes comunitarios.

A veces no es así. A veces se busca más el prestigio y la comodidad; a menudo uno anda subordinado a poderes económico-culturales. Algunos manipulan lo espiritual para controlar a los demás. Por otra parte, muchos acompañan a quienes sufren y necesitan consuelo, y ellos nos mueven a agradecer el paso de Dios por sus vidas. En el caminar evangélico se desenvuelve la opción con y por el pobre, a fin de capacitarnos al servicio de la humanidad. En estos contextos surgen comunidades creyentes que se auto-capacitan.

Se colabora para que la humanidad pueda reconocerse amada por Dios. La salvación es regalada a personas que buscan ser feliz mediante búsquedas espirituales y acciones solidarias. El punto de partida es el acontecer de Dios en comunidades humanas (que comen, beben, etc., y así dan gloria a Dios, como indica Pablo a los Corintios). Las responsabilidades (al animar comunidades) dan testimonio del paso de Dios en el acontecer profano.

La meta no es restaurar una cristiandad en América Latina, ni es combatir el secularismo, ni es la auto-perfección. La meta es dar gloria a Dios, en las responsabilidades de cada día, que sintonizan con el evangelio de Jesús.

2.1. Servicios con Palabra y con Espíritu

La comunidad no da vueltas en torno a si misma. Cuando es así, ella puede envenenarse con planes y con pleitos internos. ¿Cuál es pues la cuestión primordial? Ser personas y asociaciones con los pies en la tierra, estar enraizados en el Evangelio, y apasionarse con el Espíritu. De aquí brotan responsabilidades sanas, que corresponden a energías presentes en la historia.

En la trayectoria latinoamericana, la lectura de la Palabra está siendo enriquecida con el Espíritu de amor y liberación (Codina, *No extingáis*, 2008; Boff, *O Espíritu Santo*, 2013; Caram, *El Espíritu*, 2012; Martínez, *Espíritu de Vida*, 2017)⁵. Jesucristo compartió su anuncio profético e infundió su fuego espiritual en los inicios del caminar eclesial. También lo hace hoy, y lo hará mañana. Al escuchar y poner en práctica el Evangelio, la comunidad anda con pies en la tierra y corazón en el Espíritu.

Hay otras posibilidades (que suelen ir por malos caminos). Desde hace años es cultivado el 'sentirse bien' con ingredientes cristianos, el acomodarse en grupos sociales y espirituales. Prolifera la literatura de auto ayuda, y la oferta de superación personal. Las empresas ofrecen retiros de relajación, y está de moda el 'coaching' con elementos espirituales. Personas atribuladas por la modernidad logran respirar un poquito. También hay iniciativas cristianas, que asumen retos sico-sociales y ecológicos, y que dialogan con otras religiones. Un caso: el psicoterapeuta Thomas Moore desarrolla un cuidar el alma, y una 'guía para crear una espiritualidad personal en un mundo secular'⁶. Se alivia la intimidad, en medio de un mundo contradictorio que sigue adelante destruyendo vidas.

Cuando se acude a las fuentes bíblicas, quienes se auto-capacitan comunitariamente sienten el llamado a las bienaventuranzas, y agradecen la invitación a ingresar a la fiesta del Reino de Dios. La prioridad es dada a personas y muchedumbres marginadas, que necesitan y buscan espacios de felicidad. Ello no se limita a tomar calmantes, ni a dar monedas al desvalido. Lo importante es dejarse interpelar por la Palabra de Vida y por el Espíritu liberador; esto es interiorizado en ámbitos vecinales y familiares, en espacios de iglesia, en instancias contemplativas, en la acción solidaria con gente postergada, en la intimidad con otras personas.

Sin embargo, así no ha ocurrido en muchas partes; como lo anotaba Ronaldo Muñoz en Chile: “no había una interacción directa con la palabra de Dios, la que quedaba oculta detrás de la doctrina, llámese catecismo o manuales de teología”, y añadía: colocar “la Biblia en manos de los pobres” es uno de los mayores cambios en nuestra iglesia latinoamericana (Venegas y Moreno, *Conversaciones con Ronaldo*, 2010)⁷. Lo que transforma la iglesia de hoy es la persona de Jesús pascual, y es el amor del Espíritu Santo. Para ello, son imprescindibles animadores/as que incentivan la transformación. Hay que transformar el mundo a la luz de la Palabra, como ha sido recalcado por Carlos Mesters y el movimiento bíblico continental⁸.

La labor eclesial requiere un compartir liderazgos femeninos y masculinos. Son diferentes dones. Los regalos del Espíritu se explicitan hoy como en los orígenes del caminar eclesial: una “diversidad de carismas pero un mismo Espíritu... A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común” (1 Cor 12, 4,7). Somos capacitados/as por la presencia del Espíritu, para ser iglesia y para dar testimonio en el universo. En el contexto andino, María José Caram anota “la presencia creadora del Espíritu de Dios (que) se nos manifiesta en la Madre Tierra... hogar común para toda la humanidad”⁹. ¿Quiénes son protagonistas? Las comunidades con el liderazgo de mujeres y varones. En ámbitos latinoamericanos, sobresalen las mujeres líderes que impugnan el androcentrismo. En este sentido son capacitadas personas que en lo cotidiano transforman el mundo.

2.2. Capacitarse en la humanidad de Dios

El lenguaje de la capacitación a menudo subraya adquirir instrumentos y superar a los demás. Eso no va por buen camino. Más bien, cada comunidad tiene personas cordiales, sabias, humildes, con quienes nos auto-capacitamos. Nos animan el encuentro humano con el misterio. El encuentro con el Amor ocurre en la profundidad de lo humano, donde se ha llevado a cabo la encarnación, la horrorosa crucifixión, y la asombrosa resurrección. En este sentido, en la formación de líderes, la meta no es tener profesionales de lo sagrado, ni caudillos eclesiásticos. Más bien se trata de animadores/as del comunitario caminar con el Señor. Son priorizadas las exigencias del Evangelio y las sorprendentes obras del Espíritu.

No es un andar fácil; la población está apesadumbrada. La maldad abruma y desespera. Al interior de cada persona y comunidad se escucha el clamor: “Dios mío ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27:46). Le ha ocurrido al humano Jesús, y de diversas maneras ocurre hoy. Por otra parte, cada paso comunitario hace eco al llamado de Pablo: “estén siempre alegres, oren constantemente, en todo den gracias: esto es lo que Dios en Cristo Jesús quiere de ustedes” (1 Tes 5,16-18). Así como ha ocurrido en los inicios del cristianismo, así también en las circunstancias actuales somos convocados al gozo de vivir. Es un caminar de cada pueblo, que está siendo crucificado y también está resucitando.

En América Latina y el Caribe, es admirable lo logrado en pocas décadas. La iglesia reformada desde los años 60 (por Medellín y tanto más) se ha ido reconociendo como pueblo de Dios. Estamos al servicio de la vida (y preferentemente de gente postergada). No somos individuos estancados y sin rumbo. De la ego-latría (respaldada por el capitalismo global) se van dando pasos hacia el con-vivir en la Casa Común (la creación divina). En cada espacio y tiempo latinoamericano puede palpase el cambio civilizatorio. Brotan nuevos paradigmas. Al atravesar un cambio de época arrecian las incertidumbres. No obstante, al colaborar desde la vulnerabilidad, y al compartir utopías viables, nos ubicamos en las huellas del Maestro.

Es pues fascinante el caminar con Jesucristo y su Espíritu. De modo local y universal está siendo reconfigurado el presente y porvenir de la Iglesia. Esto es llevado a cabo desde abajo. Esto impugna las idolatrías de hoy. Con *sensus fidei* y calidad carismática (que Dios regala) el pueblo toma distancia de falsos dioses seculares y de absolutos religiosos. En cuanto a la creación, ella es el jardín de Dios que nos cabe cuidar. Así la comunidad va por rutas de emancipación.

Asimismo, a menudo es constatada la fragilidad de cada comunidad y de sus animadores/as. La idealización de uno mismo, del grupo cristiano, del pueblo, son vías equivocadas. Más bien, siendo vulnerables somos fuertes (como lo sentía el apóstol Pablo). Asimismo, de modo paradójico, la iglesia en su fragilidad es solidaria con el pobre y con cada itinerario que humaniza. Ello no ocurre desde hegemonías orgullosas. Ello se debe a que Dios toma partido por quienes sufren y gritan para vivir.

De este modo va siendo delineado el ser iglesia profética y creativa. Aparecida renovó la voluntad de construir el Reino “con fidelidad y audacia”. (Mensaje Final y nº 11) Ojalá sean interiorizadas y replicadas líneas humildes y audaces en América Latina. Cabe reiterarlo, no se trata de algo intra-religioso. Más bien, el Espíritu convoca al pueblo de Dios para beneficiar a la humanidad.

Referencias bibliográficas:

1. José Antonio Pagola, *Jesús, aproximación histórica*, Madrid: PPC, 2007, pg. 468.
2. Maria da Soledade “Sinais de Deus em nosso meio”, en Varios Autores, *A esperanza dos pobres vive*, Sao Paulo: Paulus, 2003, pp. 55-57.
3. Blanca Cortés, *En ti vivimos*, Managua: Facultad Evangélica de Estudios Teológicos, 2003, pg. 16.
4. Deseo recomendar: Victor Codina, *Diosito nos acompaña siempre* (Cochabamba: Kipus, 2013), Maria Silveira, *Mariología popular latinoamericana* (Caracas: Universidad Católica Andres Bello, 2013), Enrique C. Bianchi, *Pobres en este mundo, ricos en la fe* (Buenos Aires, Agape, 2012). Rafael Tello, *Pueblo y Cultura* (Buenos Aires: Patria Grande, 2011), Agenor Brighenti, *Reconstruyendo a Esperança* (Paulo: Paulus, 2000), Anthony Thumma, *Wisdom of the weak* (Delhi: ISPK, 2000), Maximiliano Salinas, *En el cielo están trillando* (Santiago: Editorial Universidad de Santiago, 2000). Hay instancias en América Latina que difunden sabidurías y programas que dialogan con la fe del pueblo; ya sea grupos de lectura de la Palabra, instancias académicas, diócesis y parroquias, movimientos de espiritualidad, redes de comunidades, iniciativas ecuménicos en CLAI y el DEI, CEBI y CESEP en Brazil.
5. Véanse: Victor Codina, *No extingáis el Espíritu* (Santander: Sal Terrae, 2008), Leonardo Boff, *O Espírito Santo* (Petrópolis: Vozes, 2013), María José Caram, *El Espíritu en el mundo andino* (Cochabamba: Bolivia, 2012); Socorro Martinez y otros, *Espíritu de vida y pueblo de Dios, II Congreso Continental de Teología*, (Santiago: Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, 2017).
6. Thomas Moore, *Care of the Soul, A guide for cultivating depth and sacredness in everyday life*, New York: Harper, 1994; *A religion of one's own*, New York: Gotham Books, 2014.
7. Cristián Venegas, Enrique Moreno, *Conversaciones con Ronaldo Muñoz*, Santiago: Fundación Coudrin, 2010, 73 y 92; véase también, Ronaldo Muñoz, *Ser Iglesia de Jesús en poblaciones y campos*, Santiago: CEDEM, 2002.
8. Vease Carlos Mesters, *Hacer arder el corazón* (Verbo Divino: Estella 2006) y *Lecturas Bíblicas* (Verbo Divino: Estella 1986, 21), aquí anota: “llevar al interior de la Biblia la pregunta que la vida suscita en nosotros... y mirar con la luz de Dios la vida y los problemas que la vida suscita; esto nos ayuda a encontrar la solución, y nos da más coraje y esperanza”.
9. M. J. Caram, *El Espíritu en el mundo andino*, 270.